

Los conflictos étnicos en el África Negra

Fabien Adonon*

La impresión generalizada según la cual la revolución tecnológica ha reducido el tamaño figurado del mundo y pone, en una fracción de segundo, cualquier parte de nuestro planeta al alcance del ojo, de la mente y de la pluma, pierde de vista que la importancia de la comunicación, de la información, de sus medios y de su contenido es más que desigual —cuantitativa y cualitativamente hablando— para los diferentes puntos del mundo. En ese sentido, el África Negra sigue siendo una parte casi desconocida del mundo, o en todo caso, mal conocida, cuyas noticias, ecos lejanos, sólo nos llegan cuando sus guerras o conflictos considerados como sobresalientes la ponen de moda: moda muy efímera.

Se nos olvida también —a menudo, si no es que siempre— que las ideas, los conceptos y las teorías del Estado, del Estado-nación considerado como modo universal de gestión de la sociedad, no tienen los mismos contenidos en otras latitudes.

Y así, la visión universalista perturba la percepción genuina del escenario tanto nacional como internacional africano y dificulta la lectura comprensiva de los discursos articulados en supuestas realidades negroafricanas.

El discurso democrático tampoco escapa a esa visión hegemónica de la organización de la vida en sociedad. Es así como el Estado instalado por la metrópoli colonial a principios de 1960 (Año de África) fue dotado de los principales atributos del Estado de-

mocrático “occidental”: Constitución liberal, Parlamento, Separación de los poderes... Y para garantizar el desarrollo favorable del trasplante, su administración fue confiada a élites “metropolizadas”, adeptos de los ideales democráticos del colonizador.

De allí en adelante, esa negación de la historicidad de las sociedades negroafricanas alimenta, de manera permanente, la crisis del Estado en África.

En 10 años de independencia inconclusa, la clase política negroafricana ha experimentado la parodia de todas las figuras conocidas de regímenes políticos: de la democracia parlamentaria multipartidista a la dictadura militar de todos los colores y sabores, pasando por el partido único o la solución tribal, el compromiso directorial, la alternancia en el poder, el recurso del héroe carismático y el régimen imperial.

El fracaso de la “descolonización” portadora de todas las promesas era patente desde el primer decenio de la ola de independencias de los sesenta; terminó por imponerse 20 años después.

Uno de los factores determinantes del evidente fracaso se refiere a menudo al fenómeno tribal y étnico, cuyo arraigo en las sociedades negroafricanas es ineludible. Atacado, combatido, perseguido y reprimido por los sucesivos regímenes políticos africanos, su estudio, sistemáticamente satanizado y expulsado del quehacer académico y político durante largo tiempo, guarda un estado embrionario, cuando no se emparenta en la bipolaridad evolución-reducción.

Hoy día, la reflexión obligada sobre la dimensión histórica de lo tribal, de lo étnico y sus manifestacio-

* Profesor adscrito a la Coordinación de Relaciones Internacionales de la FCPYS de la UNAM.

nes cotidianas en el África Negra, está en la mesa de debates de los africanólogos de la modernidad...

Del balance de las investigaciones más recientes, realizadas en distintas regiones de África con enfoques disciplinarios varios (histórico, antropológico, lingüístico, sociológico, politológico) resaltan:

- La historicidad de los grupos socioculturales, sus contornos y su realidad vivida,
- Que la manifestación de pertenencia y de solidaridad étnicas no coinciden con las fronteras estatales oficiales, ni se reducen a categorías económicas,
- Que los grupos denominados étnicos o tribales en África no disponen de ningún término directamente traducible por étnia o tribu en sus respectivas lenguas,
- Que toda crisis política es un detonador de la movilización solidaria de estas entidades socioculturales.

El balance de los tres últimos decenios en el África Negra revela la extrema fragilidad del Estado africano que no logra consolidarse, ni menos generar a la Nación; y la trama de la vida oficial en 1994 como a principios de 1960 sigue siendo el sueño de la construcción nacional y del desarrollo económico.

En el África Negra de 1994, no presenciamos una resurrección, un resurgimiento de los grupos socioculturales. Presenciamos las manifestaciones de una vieja realidad omnipresente y permanente: enseña a propios y extraños que la solidaridad de origen, fundada en un sentimiento ineludible de pertenencia, no data de la invasión y ocupación de África por Europa, ni desapareció con la presencia colonialista de Europa en África, ni menos con las alianzas y rupturas estratégicas del quehacer político del periodo llamado de descolonización que culminó en 1960 y en los años siguientes, con la independencia nominal, formal e inconclusa de las colonias británicas, belgas, francesas y portuguesas del África Negra.

Hay que subrayar que la colonización del África Negra por Europa es un fenómeno reciente: segunda mitad y finales del siglo XIX. Es decir, que cuando México celebraba sus 60 años de vida independiente, apenas la décima parte del África Negra estaba colonizada. Por eso es que acostumbramos denominar *paréntesis colonial* el tiempo que duró la invasión, la ocupación formal de África por Europa, sin

olvidar que la colonización sigue su inexorable curso bajo otras modalidades.

El paréntesis colonial perturbó o debilitó en mayor o menor grado —según el caso— las estructuras sociales de las naciones negroafricanas *estricto sensu*, sin llegar a disolverlas nunca. De tal manera que a la hora de la independencia formal, el Estado heredado del colonizador se encontró en el vacío, sin respaldo alguno de una nación en el sentido moderno; nación moderna entendida como el resultado de una ruptura: ruptura de las estructuras de la sociedad o comunidad actual con las estructuras de la comunidad o sociedad anterior a la colonización. En el África Negra, la nación no ha dejado de designar lo que es: entidad sociocultural donde la negroafricana, el negroafricano comulga con los suyos y se reconoce. La nación, el pueblo o pueblo-nación sigue siendo la comunidad, la sociedad en cuyo seno se nace y donde se recibe sepultura; sociedad o comunidad a la que se pertenece, cuya cosmogonía (visión del mundo y tradición) impregna el ser y el hacer; de tal suerte que la nación negroafricana no ha dejado de ser pueblo con memoria colectiva, conciencia y personalidades históricas marcadas.

En ese sentido, existe una conciencia étnica entre los diversos pueblos del África Negra.

Son estos pueblos, estas naciones, estas comunidades socioculturales arraigadas en su historia, su tiempo y espacio históricos que europeos y asimilados denominan despectivamente tribu o superestructuras folclóricas, grupo étnico (con una cierta tolerancia antropológica) o, civilizadamente, grupos socioculturales, nacionalidades, minorías nacionales, etcétera.

La ideología de la que son naturalmente portadores dichos pueblos es conocida, según las circunstancias, como tribalismo, etnicismo, particularismo, irredentismo, faccionalismo, separatismo, regionalismo, secesionismo o, en todo caso, micronacionalismo.

La visión menos alejada de la realidad africana se refiere al fenómeno "tribu-tribalismo" como un comportamiento, una actitud positiva o negativa que crea en un medio social dado, una red de atracciones y de repulsiones entre los miembros de dos o más grupos socioculturales de dicho medio social. Los miembros de cada una de estas entidades dicen sentirse unidos por la sangre, por los mismos antepasados o ancestros y mucho más unidos por la idea que tienen de sí mis-

mos en relación con los demás; de tal suerte que el tribalismo es una mentalidad que determina la conducta de los miembros de una misma comunidad sociocultural; una mentalidad que rige sus relaciones a menudo agresivas con los miembros de otras comunidades similares. Esta entidad o comunidad que se ubica en el tiempo y en el espacio y cuyos miembros son unidos por ancestros comunes, es la tribu; y tribalismo, la manifestación de la idea, del comportamiento que los miembros de una misma comunidad sociocultural tienen de sí mismos en relación con otras comunidades similares. Del mismo modo que nacionalismo designa ese sentimiento de pertenencia que hace subsistir a la Nación aun cuando ésta pierde su autonomía.

En este sentido, tribalismo u etnicismo en África participa de la misma esencia que patriotismo o nacionalismo. Entre etnicismo y nacionalismo, entre tribalismo y patriotismo, no hay diferencia de naturaleza sino de interpretación.

En África, la independencia resultó ser una ceremonia formal de transferencia del legado colonial al nuevo Estado africano. La misión del nuevo Estado es no solamente mantener y consolidar al embrión de Estado que dejó el colonizador, sino generar, crear a la Nación moderna a partir de naciones *stricto sensu*.

Así surgió la crisis insoluble del Estado africano que representa una realidad profundamente diferente de la realidad de las diversas naciones que él pretende aglutinar, homogeneizar, masificar administrativa, política, económica y socialmente en ese Nosotros subjetivo y siempre mistificador denominado Nación en el sentido moderno.

Mientras que el tribalismo tiene como base una realidad viviente y vivida llamada tribu o nación étnica, el nacionalismo oficial se refiere a una Nación abstracta que poco sentido tiene para los diferentes pueblos reagrupados dentro de fronteras estatales de artificialidad reconocida.

La crisis del Estado africano en busca de Nación moderna se agudizó con la introducción en el África Negra del modelo de la democracia parlamentaria multipartidista y el sufragio universal de corte europeo. La ideología partidaria clásica se confunde entonces con la ideología tribal particularista. Así florecieron y siguen floreciendo partidos políticos de origen étnico; así se convirtió el sufragio individual en colectivo, del mismo modo que la adhesión al par-

tido de origen étnico es colectiva. Es más fácil identificarse con alguien de su Nación étnica o de su región que adherirse a una idea abstracta de tipo universalista representada por un partido político.

En suma, el modelo importado no funciona en ese medio específico, donde la inexistencia de una dimensión nacional en la vida política bloquea tanto el juego político como el proceso que facilita la resolución de los conflictos políticos, por la misma existencia y el papel que desempeña un partido de oposición.

La democracia parlamentaria multipartidista como factor de integración nacional en territorios poliétnicos fracasó porque la Nación, en África, no es ni puede ser una creación jurídica; es una realidad sociológica, política, económica; en suma, una realidad cultural que se fundamenta, se elabora y descansa sobre bases culturales.

Hoy, como hace más de treinta años, ante el retorno del multipartidismo como legitimador de la democracia, la historia vuelve a repetirse como si nada hubiera pasado a finales de los cincuenta y principios de los noventa. Los miembros de los partidos políticos siguen proviniendo mayoritariamente de una misma tribu, de una misma región o de una misma clase política; y la proliferación de esos partidos es impresionante: 70 partidos políticos en un país que cuenta apenas con 1 millón de habitantes, 32, 60, 120 partidos políticos en países que cuentan con nueve millones, 2.5 millones y 40 millones de habitantes respectivamente. Desgraciada o felizmente, estas cifras reflejan el número de los grupos étnicos que existen en cada uno de esos países.

Es de preguntarse por qué gran parte de la *intelligentsia* africana se niega todavía a integrar abierta y claramente el etnocentrismo en la representación política, con miras a concebir modelos políticos y proyectos de sociedad acordes con las realidades de la historia cotidiana. Ese mismo sector, caracterizado por su discurso modernizante sobre la Construcción nacional no cesa, en su historia cotidiana, de traicionar una conducta que sólo puede explicar una personalidad de fondo que se resiste a la dominación de un logos prestado; una personalidad de fondo que lleva a la negroafricana, al negroafricano —sin importar su puesto político, su nivel académico y de militancia política— a comulgar en una especie de religión con los suyos: los suyos, es decir, la gente de su Nación étnica.

No hay un país en el África Negra donde las instituciones del Estado se encuentren a salvo de manifestaciones étnicas. Los gobiernos africanos de los últimos treinta años dicen seguir en busca de soluciones efectivas al difícil problema del pluralismo político en la pluriétnicidad, de instituciones políticas no solamente estables y duraderas sino más específicas, más auténticas, que permitan transformar la conciencia tribal que ha prevalecido hasta ahora, en una conciencia nacional, dentro del marco de las fronteras heredadas de la colonización. La realidad nos muestra que tanto los partidos políticos como las instituciones del Estado, desde 1960 a la fecha, han sido esencialmente la expresión del tribalismo, del

regionalismo de la clase política o clanes de la burguesía de Estado. El Estado africano así secreta y alimenta los gérmenes de su propia dislocación. Y la Nación tribal, según las circunstancias, se convierte en un refugio impenetrable al poder sin límite y sin control del Estado africano, cuando no sale con todo a exigir el respeto a sus derechos seculares, matando, ejecutando a propias, traidores a la Nación tribal y a extraños fastidiosos.

El fenómeno tribal debe ser reconsiderado y reconocido como una etapa importante e inevitable para el África Negra, en su posible evolución hacia otros tipos de sistemas de organización de la sociedad.

Abstracts

Africa Negra es una región casi desconocida o mal conocida, según la apreciación de Fabien Adonón. Asimismo, los conflictos étnicos observados en 1994 no son otra cosa más que manifestaciones de una vieja realidad omnipresente y permanente, agravados por la importación de ideologías europeas que ponen en crisis las estructuras tradicionales de organización africana.

Black Africa is almost an unknown or misknown region, according to Fabien Adonon's perceptions. At the same time, the ethnic conflicts wached by the world in 1994 are just manifestations of an old permanent reality. Thes conflicts are worsened by the importation of european idologies which risk the traditional structures of the African Organization.

L'Afrique noire est une région presque inconnue o méconnue, selon Fabien Adonon. De la même manière, les conflits etheniques du 1994 ne sont que manifestations d'une vieille réalité qui, mis ensemble avec des idéologies européennes, possent en crises les structures traditionnels d'organisation africaine.